



James O'Neill*

No importa quién gane las elecciones que se celebrarán en los Estados Unidos el martes 3 de noviembre. Las lecciones de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial revelan una serie de cosas, pero la primera de ellas es que, independientemente de quién ocupe la Oficina Oval, la política de los Estados Unidos permanece esencialmente sin cambios.

El único presidente que mostró algunos signos de apartarse de esa política, John Kennedy, fue asesinado antes de que pudiera implementar por completo lo que percibía como cambios esenciales. Estos incluyeron retirarse de la guerra de Vietnam. La muerte de Kennedy, entre otras cosas, prolongó esa guerra por otros 12 años.

Desde entonces, independientemente de quién haya ocupado el cargo nominal de jefe de Estados Unidos, la política se ha mantenido igual. Es cierto que el titular de los últimos cuatro años, Donald Trump, no ha iniciado nuevas guerras. Pero todo eso es cuestión de definición. Puede que no haya comenzado ninguna nueva guerra, pero tampoco ha terminado ninguna iniciada por sus predecesores.

Mucho también depende de la palabra "guerra". Probablemente sea cierto que no ha comenzado ninguna nueva guerra convencional, pero ha librado una campaña implacable contra, por ejemplo, Venezuela e Irán.

En el caso de Venezuela, él (junto con varios líderes occidentales) ha reconocido que Juan Guaidó es el presidente de Venezuela. Esto a pesar del hecho de que Guaidó ni siquiera se postuló para el cargo en las últimas elecciones generales.

La guerra estadounidense contra Irán se ha librado sin descanso, a pesar de que Irán no hizo nada para violar los términos del acuerdo alcanzado con el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El hecho de que Estados Unidos haya hecho caso omiso del derecho internacional en este caso es una reveladora percepción de cómo ve Estados Unidos sus obligaciones en virtud de tratados reconocidos internacionalmente.

Estados Unidos ha permanecido en las Naciones Unidas a pesar de que este último se ha retirado de una multitud de otros organismos internacionales en los últimos años. Esto no se debe a que acepte la autoridad de las Naciones Unidas o cualquiera de sus órganos. El hecho de que Estados Unidos simplemente ignore las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que desapruueba es probablemente la razón principal por la que Estados Unidos permanece en el organismo. No ha sufrido ninguna sanción por su descarado desprecio por la autoridad de ese organismo.

Una de las cosas interesantes que está surgiendo de la actual carrera presidencial de Estados Unidos es el hecho de que tanto China como Rusia están ahora oficialmente designados como enemigos. Hay algunas diferencias aparentes entre las dos partes sobre este tema, pero se puede suponer cómodamente que independientemente de quién asuma el cargo en enero de 2021, la política de ambas será idéntica, o tan similar que no hará una diferencia.

La razón de esto se remonta a mi punto anterior. Estados Unidos se ha visto a sí mismo como el único árbitro de la política mundial desde 1945. Esto se ha visto obligado a sufrir algunos cambios a lo largo del tiempo, pero la posición esencial permanece inalterada. La única resolución aceptable del liderazgo mundial es que Estados Unidos dicte sus términos.

Este no ha sido el caso ahora durante al menos una década. Fue superado económicamente por China y militarmente por Rusia. Estados Unidos no ha aceptado y probablemente no aceptará esa realidad. De ahí su ahora desenfrenada guerra por otros medios contra ambos países.

Es, con mucho, la mejor explicación para explicar el repentino aumento de los combates en una variedad de naciones de Asia central, desde Bielorrusia en las fronteras de Rusia hasta Asia occidental, con los problemas que se fermentan intensamente en las diversas áreas de importancia para China, incluyendo, pero no limitándose, a la provincia occidental de Xinjiang.

Éstos no son una coincidencia. Representan un esfuerzo decidido de Estados Unidos y sus aliados para librar una guerra por otros medios. Los recientes ataques en Irán son una ilustración clásica de ese punto. El hecho de que Irán esté siendo atacado a pesar de los importantes acuerdos de desarrollo concluidos recientemente con Rusia y China es una medida de la seriedad con la que Estados Unidos considera la situación.

Irán también es un signatario importante de la Iniciativa de la Franja y la Ruta de China. Es significativo que Estados Unidos, junto con Australia, Japón e India, ninguno de los cuales se ha comprometido con el BRI, hayan celebrado recientemente una reunión para trazar su propio papel. No está demostrando un éxito rotundo como señaló recientemente el escritor indio MK Bhadrakumar.

Estados Unidos está haciendo todo tipo de ruidos tranquilizadores a las otras tres naciones, aunque tendrían que ser terminalmente ingenuas para aceptar que serían socios iguales con Estados Unidos en cualquier alianza de este tipo. La mejor manera de interpretarlo es como otro intento más de Estados Unidos de organizar el mundo a su propia luz.

Eso no impedirá que Estados Unidos trate de engatusar a esos países para que se unan a su visión de la campaña contra China. La posición de Australia es particularmente interesante aquí. China es, con mucho, su mayor socio comercial, aunque las recientes medidas chinas contra las principales exportaciones australianas de vino, carne vacuna y mineral de hierro lo están afectando. Australia, por el momento, no sabe cuál debería ser su respuesta adecuada.

Es una maldición china decir que uno debería vivir en tiempos interesantes. Eso se aplica mucho hoy.

** abogado con sede en Australia*